

“Yo soy la vid verdadera” (Jn. 15:1)
Sal. 150; Hechos 8:26-40; 1 Jn. 4:1-11; Jn. 15:1-8

Edelira 21,
Hohenau,
Cap. Miranda.

1. “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador” (Jn. 15:1)

Yo soy Pablo, yo soy Pedro, y yo soy Santiago. Son nombres propios, que identifican a las personas. La identidad de una persona, nos muestra lo que ella es: de dónde viene, su origen, su historia, sus gustos personales, sus valores y sueños. Pero en este pasaje del evangelio, Jesús revela algo de su personalidad, mediante una metáfora. Él dice: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”. Jesús habla, en primer lugar, sobre quién es él, de su persona: “Yo soy la vid verdadera”. Jesús está diciéndoles aquí: “Yo no soy como aquellas personas que se llaman salvadores, pero no lo son. Que se dicen maestros e hijos de Dios, pero tampoco son enviados de Dios. Yo soy la vid... verdadera: la vid, el viñedo verdadero, del cual sale la buena uva, y el buen vino”. No tendremos uvas agrias de esta vid, tampoco tendremos problemas de plagas y enfermedades. Esta vid es buena, este viñedo es verdadero. Porque la única vid verdadera es Cristo, el único Salvador y Redentor es Cristo. No hay otro que se parezca a Jesús.

Él les dice también: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”. Jesús ilustra aquí la relación íntima de Él con su Padre celestial. Jesús no dice “y nuestro Padre es el labrador”, sino “y mi Padre es el labrador”. La vid y el labrador, la viña y el viñador, tienen una relación íntima, exclusiva. Sólo el labrador, el viñador, conoce mejor que cualquiera el viñedo que él cultiva, que él cuida con amor y dedicación. Así es la relación de Jesús, el Hijo, con su Padre del cielo: una relación íntima, de amor, de trato respetuoso, de trato delicado y dulce, protector. Y ese vínculo de amor entre el Hijo con su Padre, es el Espíritu Santo. Siendo un solo Dios, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, existe una comunión perfecta de amor entre las tres personas de la Santa Trinidad: El Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre, el Espíritu Santo ama y es amado por el Padre y el Hijo. Por esa razón, el apóstol Juan escribe en su primera carta:

“Dios es amor. 9 En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. 10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. 11 Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Jn. 4:8b-11).

Ese “Yo soy” que dice Jesús de él mismo, además, refleja precisamente la naturaleza divina de Cristo, y que él, como el Hijo único de Dios, es Dios también, con el Padre y el Espíritu Santo. El amor no puede existir en solitario, el amor verdadero existe donde hay dos o tres congregados en el nombre de Jesús (Mt. 18:20). Conectados a Cristo a través del sacramento del Santo Bautismo, de la predicación, enseñanza y lectura diaria de las Sagradas Escrituras, del sacramento del Amor que es la Santa Cena, recibimos de Dios mismo perdón, gracia, misericordia, comunión, salud y vida nueva y eterna, que nos hacen participar del amor divino que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

“No es que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros” primero, dice el apóstol Juan. Y por eso precisamente envió el Padre a Jesús: para rescatarnos en la cruz del pecado de no haber amado lo suficiente, como corresponde; de haber cerrado nuestro corazón a la necesidad del pobre, de los que sufren; el pecado de haber ignorado o haber pasado por alto la necesidad del prójimo. En la cruz, nos rescató del pecado de haber amado con un amor terrenal, egoísta, prefiriendo mis propias cosas, haber buscado mis propios placeres primero. Nos rescató en la cruz del pecado de no haber compartido; el pecado de no darme en cuerpo y alma a los demás “en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios” (Ro. 12:1). Estoy por naturaleza tan lleno de pecado, que sólo el amor de Dios puede restaurarme. Estoy tan cargado de ansiedades, problemas, aflicciones,

que solamente el perdón de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro, puede salvarme, consolarme, lavarme, y santificarme.

Las aguas del Bautismo operan, producen, ese injerto, esa unión que necesito para participar otra vez del amor divino. En el Bautismo, soy conectado otra vez con la fuente del amor de Dios. Soy injertado en el Bautismo a Cristo, a la historia de la Pasión, muerte y resurrección de Jesús. Evidentemente, no es algo que yo pueda producirlo por mí mismo. Debo ser conectado desde afuera, por otra persona. Si estoy perdido en el pecado, y soy cautivo del poder del diablo, alguien que viene desde afuera ciertamente me salvará, por no yo a mí mismo.

Del pecado, la muerte y el infierno no puedo salvarme por mis propias fuerzas, u obras. Alguien más debe venir a rescatarme. Y eso es lo que confiesa el apóstol Juan. Él escribe: “Él [el Padre celestial] nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10b). ¡El Padre envió a Jesús para salvarme! ¡En el Bautismo, fui injertado, por pura gracia, a la vid verdadera! Por eso el santo Bautismo es un milagro de Dios. La salvación viene desde afuera de nosotros. La fe viene desde afuera de nosotros, viene de Dios. La fe salvadora, Dios la entrega como un regalo, en las aguas purificadoras y santas del Bautismo. Allí, en mi Bautismo, fui injertado a Cristo, la vid verdadera.

2. “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”

Ahora Jesús, la vid verdadera, habla de nosotros, sus pámpanos. El término técnico para pámpano es “sarmiento”. Nosotros simplemente le llamamos al sarmiento o al pámpano el “cacho de uva”, o el “racimo de uva”. Lo importante aquí es que Jesús ahora está hablando de ti, de usted querido amigo. Cristo dice: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”. Recién habíamos explicado cómo llego a ser parte de la vid verdadera: a través del milagro del santo Bautismo. Ahora Jesús explica en qué consiste ser parte de dicha vid verdadera, o sea, qué vida es la que recibo en el Bautismo y qué significado ético tiene el Bautismo.

“Todo pámpano que en mí”, dice Jesús, “no lleva fruto, lo quitará”. El Padre celestial, como buen viñador, revisa el crecimiento de los racimos de uva. Mira como sus hijos, los bautizados, viven su vida cristiana. Examina el crecimiento de los pámpanos a ver cómo están: si se nutren de la Palabra de Dios, si practican obras de amor, si asisten a los cultos, si administran bien el tiempo y los recursos que él les dio para servir en su reino, en su familia. Verá también que en su viñedo, no todos los racimos de uvas crecen igual, sino que algunos más, y algunos menos. Todos tienen la misma oportunidad de crecer en la vid verdadera que es Cristo, pues todos han recibido la misma Palabra, los mismos sacramentos, el mismo pastor, el mismo templo, si bien que algunos los usan más, los aprecian más, y otros los aprecian poco, o inclusive nada.

“Hay algunos racimos de uva que los observo bastante secos, agrios, pámpanos de uva que están a punto de perderse”, dice el Padre viñador. Es como si esos sarmientos no quisieran crecer, están estancados espiritualmente, o peor aún, han retrocedido en su vida de fe: un tiempo se nutrían de la savia saludable que es Cristo, la vid verdadera, pero ahora han decaído. Los pámpanos vecinos, están preocupados, no saben qué hacer. Le hablan al pámpano que se está secando, como ayudándole a reaccionar. Observan con tristeza como la vida espiritual de su hermano pámpano se va secando lentamente, y se preguntan: ¿Qué le sucederá a este racimo de uva el día de la vendimia, de la cosecha? ¿Qué hará el Padre labrador? Y Jesús les dice a todos aquellos racimos secos, que no están dando los frutos que el Padre esperaba de ellos, si bien tuvieron la misma oportunidad que sus pámpanos hermanos: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, [mi Padre] lo quitará”; “el que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden” (Jn. 15:2a, 6).

El infierno es el lugar reservado para el diablo y sus ángeles malos (Mt. 25:41). Pero el fuego eterno del infierno será también el destino de aquellos que se rebelaron al amor de Dios, que se burlaron de su paciencia, que se burlaron de Cristo, la vid verdadera, y que desoyeron la advertencia de sus hermanos los pámpanos, es decir, la iglesia. Serán “como paja que se lleva el viento” (Sal. 1:4). La culpa será de ellos mismos, porque escucharon la voz de los “muchos falsos profetas [que] han salido por el mundo” (1 Jn. 4:1). Son los que, en el fin de los tiempos, no se sujetan a Cristo, la

cabeza del Cuerpo que es la Iglesia, sino que atenderán y seguirán al “espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Jn. 4:3b). Aquí entran el islam, el budismo, la nueva era, el judaísmo, la doctrina diabólica de los testigos de Jehová, y falsas doctrina también como la adoración a María, el purgatorio, el celibato, el entusiasmo pentecostal que ofende al Espíritu Santo con un culto centrado en el hombre, etc., y todas las demás sectas y religiones paganas, que “no confiesa[n] que Jesucristo ha venido en carne” (1 Jn. 4:3a), es decir, que Jesús es Dios hecho hombre. El llamado al arrepentimiento es urgente de parte de Dios a todas las gentes, porque el día del Juicio de Dios está cerca. El llamado a la misión y confesión de fe, es asimismo urgente, a no callar en quién hemos creído, en quién es Jesucristo: “Yo soy la vid verdadera”.

3. “Y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”

Finalmente, cabe hablar todavía de aquellos pámpanos buenos, de aquel cristiano “que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno” (Mt. 13:23). “Estos son los que con corazón bueno y recto retienen la Palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (Lc. 8:15). ¿Cuáles son los frutos de la fe que Dios espera de mí, como un hijo amado suyo en Cristo, conectado a la vid verdadera de su Hijo a través del santo Bautismo? Nos explica el apóstol Pablo en Colosenses 1:10: “Que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios”.

Los frutos del bautizado son las buenas obras. Es decir, la obras hechas en fe para con Dios, y en amor para con los hombres. Porque donde hay fe, viene con la fe el amor, y si hay fe y amor, vienen por sí solas las buenas obras. Como dice Gálatas 5:6: “la fe que obra por el amor”. Fuimos bautizados para servir a Dios, para andar en “vida nueva” (Ro. 6:4). La vida cristiana no es una vida cualquiera: es una vida nueva, una vida que lleva frutos de “justicia, paz, y gozo en el Espíritu Santo” (Ro. 14:17).

Jesús les dice a ustedes que “todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” todavía. En Tierra Santa, en Israel, “una parra tierna se poda y no lleva fruto sino hasta los tres años. La flor de la viña aparece en abril y mayo y expide un aroma dulce y delicado... La cosecha principal comienza en el mes de septiembre en la Tierra Santa... Durante los meses de septiembre y octubre, las uvas maduras y frescas se comen con pan como uno de los principales alimentos en las tierras bíblicas... hay una ley no escrita concerniente a la hospitalidad para que cualquier persona que pase por la viña pueda comer todo lo que quiera, pero nadie piensa en aprovechar o abusar de esta bondad para llevarse uvas en cantidad... [Por ejemplo,] Abigaíl [esposa de Nabal] dio a[el rey] David un ciento de racimos de pasas (1 Sa. 25:18)... Y otra vez cuando [el rey David] huía de [su hijo] Absalón [que se había rebelado contra él] recibió”,¹ “doscientos panes, cien racimos de pasas, cien panes de higos secos, y un cuero de vino” (2 Sa. 16:1).

¡Cuánta hospitalidad! ¡Cuánta cordialidad! ¡Cuántos racimos de uvas! En dos ocasiones, el rey David recibió cien racimos de uvas. En ambas ocasiones, David recibió uvas como alimento porque estaba en necesidad, estaba pasando hambre. Precisamente eso espera cosechar Jesús de nosotros: obras de amor, en bien de los que pasan necesidad, obras de misericordia, obras de servicio para con los necesitados, en respuesta y gratitud por la salvación recibida. He recibido para dar. Soy bendecido para bendecir a otros. Para que, mediante obras de misericordia, las personas sean alimentadas tanto materialmente como espiritualmente. Obras de amor tanto en lo material como en lo espiritual espera cosechar Jesús de ustedes. En el servicio a los demás, descubrimos nuestra verdadera vocación cristiana en el mundo. Fuimos bautizados para amar, y amar sirviendo. La felicidad del cristiano es esta: cuando es útil al poder ayudar a los demás, así como Jesús nos amó. Un cristiano que no sirve, es un cristiano inútil; un cristiano que no ama a su hermano, no tiene verdadera fe en su corazón, y no es cristiano.

“Yo soy la vid verdadera”. Los pámpanos de la vid que dan frutos, se podan para que den más y mejores frutos todavía. Recibir la poda del Padre celestial, significa que tarde o temprano, nuestro Padre celestial cortará las ramas secas de mi vida, me hará reaccionar, me sacará de mi comodidad,

¹ Wight, Fred H. (2008). *Usos y costumbres de las tierras bíblicas*, cap. 20: Cuidado de las Viñas. Grand Rapids: Ed. Portavoz.

y seguramente removerá cosas de mi vida que están afectando la fe en Él, como ser: podará el egoísmo, removerá el orgullo, me enseñará el valor de la humildad, me pondrá en la pobreza para aprender cuáles son las cosas valiosas de la vida, pondrá pruebas en el camino para que aprenda a depender más de su gracia, y no en mis propias fuerzas. Esta poda de Dios realmente duele. Pero significa que Dios está trabajando en mí y en mi familia, como un Padre amoroso y fiel, que no quiere que yo, su pámpano amado en Cristo, se seque y se pierda. Y cuando llegue el momento de la poda, recordaré en esos momentos el amor de Dios, que me dice: “Querido hijo, estoy trabajando en ti. Déjame realizar mi poda en ti. Yo sé que duele, y tal vez no lo puedes comprender. Pero jamás te abandonaré. Te amo y eres mi hijo en Cristo. El dolor ya pasará, y otra vez florecerás. Mientras tanto, “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Co. 12:9).

Como pastor de la Iglesia Luterana, agradezco de corazón a todos los hermanos en la fe, a ustedes, por el cariño y el servicio que brindan a los santos que pasan necesidad. Los tiempos de prueba, de poda de Dios, son tiempos para apoyarnos como familia, como Iglesia cristiana. Son tiempos donde el caído y débil, debe dejar de lado su orgullo y su fama de lado, y debe dejarse ayudar por los más fuertes. Y los fuertes, debemos ayudar a los pámpanos más débiles, para que no caigan en excesiva tristeza; ayudarlos y acompañarlos para que su fe no flaquee. Queridos hermanos, que el Señor Jesús, la vid verdadera, nos mantenga con su Palabra y Sacramentos, en la verdadera comunión cristiana, hasta la venida definitiva del reino de Dios. Amén.